

## PENSAMIENTO POLÍTICO E INCERTIDUMBRE DEMOCRÁTICA EN CLAUDE LEFORT

Tomás Valladolid Bueno

CLAUDE LEFORT, *La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político*, Barcelona, Anthropos Editorial, 2004

Durante la primera semana de mayo de 2005 la Universidad Internacional de Andalucía organizó unas jornadas que giraron alrededor de un tema ya muchas veces lidiado en los distintos cosos del saber: *Los intelectuales y la política*. Entre los ponentes invitados se encontraba el escritor y filósofo francés Claude Lefort. En su intervención vino a señalar que una de las actuales fuentes de reflexión para la filosofía política lo constituye la deriva que ha seguido en los últimos decenios el concepto de autoridad y, por consiguiente, las consecuencias que ello ha tenido en relación con los riesgos de una deficitaria evolución de nuestras democracias. En el mismo acto se dio a conocer el libro *La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político*, que la editorial Anthropos publicó a finales de 2004, con excelente trabajo de edición y presentación de Esteban Molina. Se realiza en dicha obra una selección de textos de quien en su día tuvo una presencia más que relevante en las revistas *Le Temps Modernes* y *Socialisme ou barbarie*. A Lefort suele relacionársele con pensadores contemporáneos que han ejercido igual y notable influencia no sólo en el ámbito cultural galo, entre ellos cabría mencionar a Merlau-Ponty, Sartre, Castoriadis y Gauchet. Asimismo autores como Mouffe o Abensour se han basado en los trabajos de Lefort, para desarrollar, respectivamente, las ideas de democracia agónica y democracia salvaje.

Entre las muchas virtudes del libro no es la menor la de conceder la posibilidad, a los lectores en castellano, de comprobar el suficiente peso específico que tiene la obra de Lefort: la aventura del pensamiento y de la escritura adquieren en ella una singular renovación de lo que significa el ejercicio del pensamiento político. El conjunto de textos —desgranados aquí en letra cursiva o entrecomillados— dan testimonio de una reflexión unida al ejercicio de la palabra en la vida pública y de una comprensión de la *democracia como una mutación de orden simbólico* en cuyas antípodas florece el totalitarismo. Así la filosofía política de Lefort da cuenta de la característica esencial de lo político democrático: *indeterminación última de fundamentos, debate interminable, despedida de la ilusión de una buena sociedad, disolución de referentes absolutos de certeza y, por tanto, descart de la idea del cierre de una humanidad sobre sí misma*. Desde el comienzo la reflexión fructifica en una obra que *no encontraba garantías en la naturaleza del lenguaje* y donde la vinculación entre desciframiento y expresión se basa en *una ontología indirecta* desde la que se pregunta, sin celo prístino, «¿qué es pensar?».

Esta publicación incluye una docena de textos escritos, en su mayoría, a lo largo de la década de los ochenta. Tanto el estudio de presentación de Molina como los dos primeros ensayos de Lefort se ajustan bien a los criterios straussianos de comprender a un autor tal y como él se comprende a sí mismo: la disposición del material —que evidentemente podría haberse realizado con otros criterios— facilita la tarea de aprender no sólo *sobre* el autor, sino *del* autor

enseñanzas que no podremos encontrar en otros que, hoy por hoy, pasan por ser las estrellas de la teoría política. El contenido de los ensayos se arremolina en torno al dispositivo simbólico de la democracia y de su correspondiente negación, a saber, el totalitarismo. El ir y venir sobre este problema estimula a re-flexionar, a volver a plegar el pensamiento, recogiendo el asunto siempre abierto de la democracia como cuestión. A lo largo del libro, incisiva aventura del pensar y del escribir, irán sedimentándose ciertos análisis sobre el poder entendido como «institución de lo social», donde la primacía de lo simbólico hace de él un «lugar vacío» asentado en la constitutiva división de lo social que se hace operativa en la «institucionalización del conflicto». Desde esta concepción nuclear *Claude Lefort* desentrañará temas tales como: los derechos humanos, la libertad, el problema teológico-político, el Humanismo, el Estado de Bienestar, etc. A despecho de pensamientos sobre lo originario y de construcciones positivistas, *Lefort* se mueve con singular intención filosófica entre lo político instituyente y la política instituida. Nos ofrece un discurso que ha sido elaborado para levantar los cimientos de una filosofía política en la que emergerán —en autónoma concomitancia con los denominados «héroes del espíritu» entre los que se encuentran Kantorowicz, Quinet, La Boétie, Michelet y Merleau-Ponty— los problemas fundamentales a los que se ven confrontadas las sociedades democráticas. Es, ciertamente, un mérito del autor de estos ensayos haber sabido señalar como esenciales algunas características que otros pensadores sólo valoran como unos componentes más, entre otros, que forman parte de taxonomías descriptivas. Para *Lefort* la reflexión sobre lo político no puede reducirse a una mera acción aditiva de un determinado número de conceptos que nada acaban diciendo sobre lo fundamental. El «enigma de la

modernidad», girando en torno al par revelación-creación, hace que en su obra se sitúen conceptos claves en función de «la idea de un imposible cierre de la humanidad sobre sí misma». En concordancia con esto, ha desarrollado *una restauración de la filosofía política* con la expresa finalidad de *dar un nuevo sentido a la idea de libertad*. Quien se haga cargo de la aventura del pensamiento lefortiano habrá de retener esto último para comprender las razones por las que Claude Lefort fue llevado, desde el comienzo de su reflexión, *a un lugar donde sólo cabía dejar que el punto de vista del otro tomara la delantera*.

Ante la enorme fuerza crítico-comprensiva que aportan los análisis de Lefort no es muy sorprendente, pero sí reprochable, que *les vedettes* de la teoría política española hayan retenido a este filósofo en el espacio peri-urbano de la ciudad construida por los arquitectos reales de la ciencia política. Por eso es motivo de gozo reflexivo que, a partir de ahora, los lectores en lengua castellana tengan acceso directo a unas reflexiones que, sin necesidad de la bendición de la oficialidad politológica, les permitan —según decir de Esteban Molina— estar a *vueltas con la democracia sin abandonar la cuestión del totalitarismo*. Porque sin ese volver y con este abandono pudiera ocurrir que nos quedásemos en mantillas en esta hora de continuar con la compleja construcción del espacio público. En efecto los textos de Lefort aportan nuevas categorías para pensar las condiciones de la institucionalización democrática de la *polis*. La juridización constitucional de ésta no basta con ser pensada desde las dispares concepciones participativas, representativas o deliberativas. Así mismo, la alternativa bipolarización republicano-liberalismo tampoco resulta ya suficiente. Si la constitucionalización de nuestro espacio público ha tenido como antecedente inmediato el fenómeno totalitario, sería algo más que beneficio-

so tener en cuenta las aportaciones conceptuales de Claude Lefort. Ciertamente, lo que en la jerga oficial se conoce como creación de espacios autónomos de formación de la voluntad política quedaría reducida a retórica procedimental, si no se asume que el poder, al ser democrático, *hace manifiesto el exceso de la vida social sobre toda organización de hecho*. La institucionalización de lo social, vía constitucionalización de los derechos humanos, no puede ser afirmada sólo positivamente como post-nacional, sino que también precisa de ser reconocida como una institucionalización post-totalitaria. Para dilucidar cuestiones referentes a los límites de esta construcción de la *polis*, a la creación de un derecho más cosmopolita, a la especificación de una identidad nada angosta, es preciso no abandonar la reflexión sobre el totalitarismo. De lo contrario el asunto de *la unión* se convertirá en el asunto de *la complicación*. Por ello, el lector encontrará en este libro la posibilidad de pensar la vida en común desde una concepción del *poder como un lugar vacío*, es decir, no sólo desde la idea de que el poder no pertenece en exclusiva a nadie, sino que no debe haber *condensación posible entre el poder, la ley y el saber; ni seguridad posible acerca de sus fundamentos*. Si la construcción de la convivencia no olvida la experiencia del totalitarismo, y se hace con vocación de justicia histórica, entonces es necesario pensar con Lefort que el problema del espacio público nunca deberá tratarse confundiendo lo simbólico con lo real. La *polis* no debe percibirse como algo sustancialmente uno, *ya que propiamente hablando no es reducible a una comunidad, puesto que el ejercicio del poder es siempre dependiente del conflicto político*.

¿Cómo interpretar desde categorías lefortianas la apuesta por una construcción vía concertación más allá de la negociación? La lectura de estos textos obliga, en estos momentos de apelación oficial al *renacer*

*de la democracia*, a tener en cuenta que, por ejemplo, la construcción de Europa como proyecto no puede permitirse el lujo de la más mínima *permanencia de lo teológico-político*. Quienes piensan y quienes ejecutan la construcción de Europa, como Unión constitucionalizada, han de tener presente que *la mutación simbólica* que es la democracia, el acontecimiento positivo de la humanidad, tiene como característica que *la sociedad no sea representable como un cuerpo*. Esto significa que construir democráticamente sea igual a desincorporar el poder, desincorporar el derecho y desincorporar el pensamiento. De no hacerse así estaríamos a las puertas de nuevas *clausuras del espacio público*, ocasionadas por haber cedido a la tentación de pensar Europa bajo las *figuras imaginarias* del Estado, la nación, el pueblo y la sociedad, así como desde una fatal entrega a la atracción del UNO. Estos textos de Lefort nos advierten *de la ceguera que comparten los reformistas y los revolucionarios con respecto al dispositivo simbólico* en que consiste la construcción de la democracia basada en los derechos humanos. Ese carácter simbólico es el que no se debería marginar a la hora de constitucionalizar la Unión puesto que los derechos humanos no son figurables en una formulación definitiva. Esta concepción permite considerar la construcción de la Unión como *una historia que permanece abierta*. Al aventurarnos a pensar lefortinamente la Unión Europea nos comprometemos a rendir cuentas ante la exigencia de *explotar los recursos de la libertad y creatividad de los que se nutre una experiencia que acoge los efectos de la división y de resistir a la tentación de trocar el presente por el futuro*. Constitucionalizar los derechos en la Unión es seguir *aprendiendo a distinguirlos de lo que sólo es satisfacción del interés*. Ciertamente, pensar con Lefort en esta hora de pensar la construcción de Europa, es aceptar que *el indi-*

*viduo está llamado a permanecer sordamente trabajado por la incertidumbre* y que, por tanto, *el reconocimiento del semejante por el semejante pasa también por la ignorancia aceptada del otro, o que la verdad de la asociación puede ser pensada junto a la verdad del aislamiento*. Ahora bien, afirmar la existencia de *las ambigüedades de la experiencia democrática* no impediría afirmar, al igual que Lefort, que la democracia es *la única forma de sociedad deseable porque conserva la doble noción de la libertad política y de la libertad individual*. Quien haga suyo un proyecto de unión multirregional, y no sólo europea, ha de saber, que *cualquier tentativa de sometimiento del individuo, por refinada que sea, se tropieza con un límite porque una parte de él mismo escapa a la objetivación*. Este componente de indeterminación no es posible erradicarlo, por ello la construcción de toda Unión ha de ser vista, en términos lefortianos, como un espacio al que lo político le *da forma*. Es decir, que la política de Unión deberá ser vista como la acción de *dar sentido y poner en escena*, lo que no quiere decir sino que la constitucionalización de toda Unión está referida a algo que *se despliega como espacio de inteligibilidad que contiene una representación incompleta de sí mismo*.

En la actualidad vivimos un momento en el que, al hilo de la dinámica y contradictoria conformación de nuestra sociedad, se aglutinan fuerzas dominantes en torno a: 1) una defensa sin matices, y hasta dogmática, de la laicidad, del ejercicio de los derechos, del alcance del diálogo, del carácter absoluto de los criterios de las ciencias médico-biológicas; 2) una apelación irresponsable al relativismo identitario e individualista; y 3) una vertiginosa adopción de medidas proteccionistas autodenominadas progresistas, pero que en realidad dan cobijo a un serio peligro de regresión. Pues bien, ante una época como esta viene muy bien la au-

dacia de un pensamiento como el de *Claude Lefort*, quien se afana por resaltar «la indeterminación» como constitutiva de una sociedad instituida democráticamente; por accionar «la denuncia del relativismo sin abandonar el sentido de relatividad que el totalitarismo se empeñó en destruir»; y por «reconocer que, en tanto la aventura democrática prosiga y los términos de la contradicción se desplacen, el sentido de lo que acontece permanece en suspenso». Por esto mismo la democracia permanece para este filósofo como cuestión de un pensar que, en tanto ejercicio del «derecho de pensar», sólo puede llevarse a cabo como «trabajo de pensamiento» en referencia a lo que excede en relación con lo que se muestra en el mero aparecer. Este ejercicio reflexivo y expresivo se cuele como «un repensar lo político» desde el riesgo de dar un nuevo sentido a la política desde lo que Molina llama *la incierta libertad*. En definitiva, se está ante un modo de pensar que se quiere crítico, sin por ello tener que caer en las garras del idealismo de la trascendencia ni en las fauces del realismo inmanentista. En efecto, la mirada crítica de *Lefort* está atenta a *lo otro* pero sin admitir ningún tipo de «figurabilidad» —ya sea trascendente, ya inmanente— de dicha alteridad. Además, la reflexión lefortiana —asida con los frágiles anclajes de la indeterminación— aboga por igual a favor de una oposición al nihilismo y al escepticismo político.

Con los textos aquí editados, los lectores interesados en llevar a término eso que Leo Strauss llamaba un diálogo entre los grandes pensadores, pueden ensayar —entre otras tareas hermenéuticas— el desciframiento de las diferencias que en filigrana existen entre la concepción que Lefort tiene de lo político y la que es sostenida por el que en su día fuese su discípulo, Marcel Gauchet. Pero si esos lectores desean comprobar de modo más diáfano que las disputas filosóficas, más allá de asuntos nomina-

listas o personales, afectan a la sustancia de la humanidad, entonces pueden muy bien indagar en las diferencias entre la filosofía de Sartre y el pensamiento de Lefort. En efecto, en la relación de aquél con éste encontramos un ejemplo de cómo una cierta comprensión del interlocutor puede llevar al error más extremo en la valoración de las ideas objeto discusión. Cuando la reflexión del «heroísmo espiritual» envuelve con su manto el pensamiento del filósofo *Lefort*, algunos sólo perciben a éste como un loco o como un perro, pero no como alguien dedicado a explicitar «la contradicción del hombre por encima o por debajo del él mismo». Precisamente esto es lo que Sartre no podía valorar acertadamente, pues no supo o no quiso entender que el Partido también podía ser pensado desde la fórmula *major et minor se ipso*. Sartre miraba con algo más

que resquemor a todo aquello que *Lefort* estimaba como el «exceso de la vida social sobre la organización del poder».

Nada nos asegura que el pensamiento de *Lefort* vaya a ocupar el lugar que merece en el espacio editorial y académico. Pero de lo que no cabe dudar es de que, sin prestar atención a las reflexiones escritas por este renovador de la filosofía política, el pensamiento que tiene por objeto lo político democrático no logrará reinventarse en la dirección que nunca de debió abandonar: la obligada tarea de seguir orientando en medio de esa esencial característica de la democracia que es la «disolución de certezas». A esto, en verdad, contribuye la publicación del libro objeto de la «puesta en escena» que es esta reseña bibliográfica, la cual se autoimpone ser «dadora de forma» en la conformación del saber sobre lo político.